

Elisabeth Cunin: Identidades a flor de piel. Lo negro entre apariencias y pertenencias: categorías raciales y mestizaje en Cartagena. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Universidad de los Andes, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y Observatorio del Caribe Colombiano. 2003, 329 páginas.

El libro “Identidades a flor de piel” nació gracias a la pregunta que Elisabeth Cunin se planteo alrededor de una situación particular: estando en un barrio marginal de Cartagena de Indias, observó que los participantes a una fiesta se llamaban a si mismos y entre ellos de diferentes formas para expresar el color de su piel, estas categorías iban desde “negro” hasta “moreno”, “mulato” o “trigueño”. A partir de ahí, Cunin retomara las distintas formas de designación de lo “negro” en Cartagena para saber el papel que juega el color en las relaciones sociales y como este puede ser atravesado, matizado, negociado y mediado por factores económicos, sociales, políticos y de autopercepción en una ciudad en donde las relaciones raciales están dotadas de ambigüedad y contradicción.

Antes de que la constitución de 1991 proclamara al estado colombiano como una nación pluriétnica y multicultural, el hecho de ser “negro” en el país no daba acceso a un estatus especial. Las poblaciones negras que habitaban el territorio no tenían derecho en ese entonces a reclamar reivindicaciones específicas debido a sus particularidades culturales o a su etnicidad. Los habitantes de estas comunidades eran para el estado colombiano, ciudadanos como cualquiera, sometidos eso sí, a un estado de marginalidad social.

Con la entrada en vigencia de la constitución de 1991, Colombia pasa de ser pensada desde la homogeneidad, a ser pensada como un país diverso, y la nación se envuelve en el paradigma de la heterogeneidad. Es así que surgen nuevos conceptos desde la academia a partir de los cuales se entiende el nuevo país constitucionalmente. Aparece la noción de un país pluriétnico y multicultural, en donde las categorías de identificación racial heredadas de la Colonia estaban fuera de lugar. Ahora la raza se convirtió en etnicidad y las comunidades negras hasta ahora invisibles, pasaron a ser reconocidas como grupos étnicos con particularidades propias. Dentro de este modelo la identidad es entendida en un enfoque cultural, determinado y determinante en gran medida por el territorio.

Esta reivindicación de la identidad es vista por el estado como un síntoma de modernidad e integración de la nueva nación. Se instaura la discriminación positiva el cual es un mecanismo de acción en el que se incluyen a sectores de la población normalmente marginados para ser beneficiarios de medidas específicas. Para esto se ponen a disposición derechos exclusivos por el hecho mismo de su propia alteridad.

A pesar de esto, el surgimiento de la multiculturalidad ha problematizado las formas de denominar al “otro”. Las antiguas categorías coloniales de denominar lo “negro” son reevaluadas y ahora se habla de afrocolombiano, afrodescendiente o afroamericano, dentro de un modelo “políticamente correcto” de utilización del lenguaje, en donde las antiguas categorías de designación racial deben ser sustituidas por las nuevas formas de ver y comprender al “otro” y su alteridad, causando confusión ya que estas nuevas categorías todavía no logran ser aprehendidas y naturalizadas, no solo por algunos actores étnicos, también por gran parte el resto del mundo social.

En el marco de este nuevo contexto político, social y legal creado después de la instauración de la constitución de 1991, Cunin observa y analiza las múltiples formas de identificación racial en Cartagena y como la polarización entre lo “blanco” y lo “negro” puede ser recortada por la utilización por parte de ciertos actores sociales de matices de color como moreno, trigüeño, mediante un mecanismo de cognición al que la autora denomina “competencia mestiza” el cual define como la capacidad “de conocer, movilizar,

aplicar las reglas y los valores requeridos en cada situación, de pasar de un marco formativo a otro, de definir el papel de si mismo y el de los otros de manera interdependiente...”¹.

Por medio de esta competencia los actores son capaces de movilizar su identidad, transformarla o negociarla según las circunstancias y su interlocutor. La competencia mestiza, permite pasar de un sistema normativo a otro por medio de la utilización y manipulación de las múltiples categorías raciales y de su capacidad de significación.

La autora explica como en Cartagena se ha querido proyectar la concepción de una ciudad mestiza a pesar de que se la sigue pensando en términos de blanco y negro. Las murallas que en la Colonia sirvieron para proteger a los habitantes de Cartagena del asedio de piratas, en la actualidad sirven para proteger a unos pocos cartageneros y a los numerosos turistas del asedio del cartagenero común que habita fuera de las murallas. Este cartagenero dentro de las murallas es un extraño encarnado en la figura del vendedor ambulante, o el indigente. Esta realidad lleva a la autora a reflexionar sobre la forma en que el blanqueamiento afecta el acceso a ciertos sectores de la ciudad (asociados con el turismo) y como el territorio es repartido e imaginado según características raciales.

Dentro de este contexto, se viven en Cartagena las relaciones sociales, las cuales son mediadas por lo racial aparentemente de forma no conflictiva y paternalista siempre y cuando cada uno ocupe el lugar que le corresponde en la escala social (de jefe o subordinado), para no causar tensión en el orden social. Para lograr esto, los diferentes actores tratan de evitar en sus relaciones sociales y laborales la cuestión racial y así evadir explicitar los estereotipos y estigmas asociados a lo “blanco” y lo “negro”.

Dentro de la lógica de blanqueamiento todavía presente en la estructura mental de los colombianos y para este caso de los cartageneros, adoptar actitudes y modelos asociados al status blanco puede valorizar la posición de una persona clasificada como “negra” ante su interlocutor, ya sea transformando su apariencia, asumiendo códigos culturales

¹ Cunin Elisabeth. *Identidades a Flor de Piel*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Universidad de los Andes, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y Observatorio del Caribe Colombiano. 2003. p. 106.

relacionados con lo “blanco” o ampliando sus relaciones sociales a personas identificadas con este color, en un intento de “sacudirse” de las categorías negativas asociadas a lo “negro” heredadas desde la colonia, utilizando su “competencia mestiza”.

En esta dinámica, en donde las apariencias determinan los roles sociales, el concepto de raza, deja de volverse imaginario para en la práctica ser real, Cunin nos ofrece en el texto una mirada sobre las distintas formas de representar la apariencia y negociar los estereotipos raciales en Cartagena, a través de analizar situaciones tales como los reinados de belleza, en donde los estereotipos femeninos de belleza son movilizados en torno a una apariencia física “establecida”, evitando cualquier tipo de connotación racial, la champeta, música local, convertida en fenómeno social, asociada a lo “negro” y popular, y de observar como emerge un nuevo actor étnico: las y los palenqueros, dentro de un proceso de etnicización ante el estado colombiano y con referente principal en África.

Cunin, en el libro “Identidades a Flor de Piel” recopila los resultados de la experiencia de investigación que realizó en Cartagena sobre prácticas de mestizaje. En el libro la autora abre una nueva mirada sobre el tema afrocolombiano y la negociación de identidades. El libro, que consta de cinco capítulos y una extensa bibliografía, confronta la forma en que lo racial pesa en las relaciones humanas, analizando un problema que a pesar de cotidiano, no se hace evidente en las relaciones sociales, ni en Cartagena ni en Colombia.

Aun así, el libro -el cual es el resultado de un exhaustivo trabajo etnográfico y bibliográfico-, por momentos asume posiciones incómodas para algunos actores étnicos, al llamar la atención acerca de algunos procesos de reivindicación identitaria de comunidades negras en la región Caribe, haciendo énfasis en el caso palenquero acusado de reservar para sí “la verdadera etnicidad negra”, excluyendo en su discurso a personas y grupos “negros”, no palenqueros, acaparando la atención por sus atributos culturales particulares, instrumentalizando y apropiándose el discurso político para favorecer los intereses de la comunidad de San Basilio, dejando fuera (con intención o no) a otros posibles actores étnicos que no corresponden al paradigma de la “eticidad negra” asociada con la

“etnicidad palenquera”, la cual se vuelve la “etnicidad esencial” asociada a lo “negro” en la costa caribe colombiana, según palabras de la autora.

Esta percepción de la situación descrita anteriormente, dejaría por fuera de los discursos y prácticas de reivindicación étnica a todo lo que no se parezca a Palenque, para este caso en particular al cartagenero que no quiere o no puede entrar en la lógica y en las dinámicas de la reivindicación étnica, debido a que no se identifica como “negro” o no se identifica con el discurso sobre lo “negro” dominado para la región por instituciones y líderes de San Basilio de Palenque. Este enfoque de la etnicidad problematizaría el ingreso de comunidades e individuos “negros” no palenqueros a la nueva nación colombiana, ya que dentro de este marco, el ser palenquero da la valorización cultural necesaria para ser visible en el contexto de las atribuciones identitarias en el caribe colombiano.

Aparte de los comentarios que el libro de Cunin pueda suscitar al lector, creo que “Identidades a Flor de Piel”, es un libro clave para entender los procesos sobre las dinámicas de socialización y percepción del status y el color en el caribe colombiano, por medio de observar las formas en que las apariencias físicas son capaces de determinar roles sociales, en un contexto en donde lo racial pesa y mucho en la mentalidad de los individuos que componen el mundo social.

María José Almarales Díaz*

* Antropóloga e investigadora miembro del Grupo de Investigación en Historia y Arqueología del Caribe Colombiano de la Universidad del Norte. Asistente editorial de Memorias.